
NACION, NACIONALISMO Y CIENCIAS SOCIALES

Juan F. Marsal Agelet

UN TEMA MAL TRATADO

El hecho nacional, las luchas nacionales o la ideología nacional ocupan un lugar privilegiado en la producción oral y escrita de los pueblos occidentales. Los temas nacionales o patrióticos son preeminentes en las preocupaciones de los pueblos de Occidente y también, aunque no siempre, bajo el nombre de nación, de los pueblos de todo el mundo. Hay un mar de tinta de tipo sentimental y panfletario sobre la nación y sus diversas justificaciones nacionalistas.

Y, sin embargo, no hay un equivalente en el campo de las ciencias sociales modernas que, en general, se han desentendido del tema y lo han abandonado a la literatura ideológica o patriótica. No ha habido en las ciencias del hombre contemporáneas una revisión de los viejos conceptos sobre la nación y el Estado utilizados por la ciencia del derecho o la historia idealista y romántica. Ambos tipos de discurso coexisten paralelamente sin que haya intercambio entre ellos. O bien predomina uno o bien predomina el otro.

En el ejemplo más inmediato, la discusión de la nueva Constitución española, el discurso doctrinal ha sido casi totalmente dominado por la especulación normativa, procedente del viejo acervo del derecho político, o histórico-

idealista. Rara vez se ha acudido a los conocimientos científicos sociales. Si se ha hecho ha sido de soslayo e incidentalmente.

De este distanciamiento entre las ciencias sociales y los temas de la nación y el Estado, de esta extraña división del trabajo que ha hecho que las ciencias sociales permanecieran ausentes en los grandes debates nacionales hay, desde luego, razones. Unas son histórico-políticas; las otras, doctrinales.

La razón histórica fundamental es la derrota de los nacionalismos fascistas en la Segunda Guerra Mundial. La ignominia de la derrota cayó sobre todo lo que tocase a las potencias fascistas derrotadas, que vino agravada por el descubrimiento de la política de genocidio practicada por los nazis con las poblaciones de raza diferente. A la ignominia de la derrota vino a sumarse otra ignominia en la que los liberales occidentales depositaron toda su aversión a las formas totalitarias y proyectaron también sus temores a sus propios racismos. (En realidad, la ideología de la *white superiority* estaba extendida por todo el cuerpo de los pueblos occidentales.) Como uno de los ingredientes fundamentales de la ideología fascista era el nacionalismo, la temática nacionalista cayó bajo el anatema, o por lo menos la sospecha, de la impureza fascista. Se necesitaron muchos años casi décadas, para que se pudiesen separar unos fascismos de otros, unos componentes y otros y pudiese salir una producción científica e histórica seria sobre el fenómeno de los fascismos de entreguerra, sobre todo en Italia¹. En España, la larga vida de la dictadura franquista, originada en el contexto fascista, ha hecho que ese largo paréntesis académico se haya extendido todavía más. Recién ahora podemos esperar que empiecen a aparecer las obras que, más allá de lo político inmediato y la contestación ideológica, nos puedan hacer entender los tejidos históricos y sociológicos del franquismo en toda su desnudez, pero también en toda su humana complejidad.

Los obstáculos doctrinales, que son de los que nos vamos a ocupar en este trabajo, se deben al predominio de tres interpretaciones de la idea de la nación y del nacionalismo. Me refiero a la *interpretación carismática*, que culmina en el fascismo; la *interpretación marxista* y, por último, la *interpretación funcionalista*, cultivada esta última, sobre todo, en las ciencias sociales.

Las tres han sido excluyentes y dominantes en sus respectivas esferas y en distinta manera han supuesto un serio obstáculo para un tratamiento más científico y comprensivo del hecho nacional. Sólo recientemente, como veremos, la crisis del Estado nacional renacentista, la aparición de fenómenos nacionalistas, fundamentalmente europeos, periféricos y las exigencias de una democracia más cerca de las bases de la vida social han llevado a las ciencias sociales y a la historia a un replanteamiento de los viejos temas de nación, nacionalismo y Estado más allá de doctrinarismos y anatemas.

¹ Véase el excelente estudio de Renzo DE FELICE *El fascismo. Sus interpretaciones*, Paidós, Buenos Aires, 1976.

TRES INTERPRETACIONES DOMINANTES

En verdad que las ideologías fascistas concretan históricamente mejor que nada hasta entonces lo había hecho lo que pudiéramos llamar el *nacionalismo carismático*, en el sentido de un sistema de ideas, más o menos coherentes, justificadoras o legitimadoras de la nación-Estado entendida como una comunidad con virtudes superiores al individuo mismo y que está por encima de la contingencia histórica. Pero el nacionalismo fascista recoge en su seno también otros tipos de nacionalismos.

El nacionalismo fascista, a pesar de sus alardes de revolucionarismo, es heredero, en buena parte, del nacionalismo tradicionalista. El nacionalismo tradicionalista, premoderno, contrapone la concepción irracional, «natural», de la patria a la concepción jacobina de la nación. Pierre Vilar, el historiador francés, ha visto claramente esta diferencia en su admirable estudio sobre el vocabulario en la guerra de la Independencia española. Allí glosa este diáfano texto de *Centinela contra franceses*, del conservador y patriota Antoni de Capmany (1808):

Allí no hay patria señalada para los franceses, porque ni tiene nombre la tierra que les vio nacer ni la del padre que los engendró, ni la de la madre que los parió: los montes y los ríos les dan la denominación (a las provincias o departamentos) como a las plantas y frutos de la tierra. Nacen y se crían en el campo, y mueren en el campo de batalla. Todos se llaman «franceses», al montón, como quien dice carneros, bajo la porra del gran rabadán imperial ².

La patria tradicional, como bien señala Villar, «está en el polo opuesto de la 'patria abstracta', de la 'unidad jurídica', del 'símbolo moderno' de la nación. Nos encontramos transportados al terreno de los ligámenes familiares, carnales, de los ligámenes concretos inmediatos con la tierra, la casa» ³.

La patria tradicional —¡recuérdense nuestros Catones infantiles!— se asocia con la figura de la madre. Una relación con la madre, entiéndase bien, prefreudiana: indiscutible, sagrada, sin problemas ni maldades.

Por otro lado, en los nacionalismos fascistas culmina la tradición ideológica romántica que Mosse, para el caso de Alemania, ha denominado *völkisch*. En su admirable estudio sobre los orígenes ideológicos del Tercer Reich escribe lo siguiente:

El conjunto de ideas con la que estamos interesados en esta obra ha sido denominado «völkisch», es decir, lo relacionado con el «Volk».

² Pierre VILAR, "Patrie et Nation dans le vocabulaire de la Guerre d'Indépendance espagnole", *Annales historiques de la Révolution Française* (octubre-diciembre 1971). Uso la versión catalana recogida en la obra *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII* (Curial, Barcelona, 1973), pág. 149.

³ *Ibidem*, pág. 148.

«Volk» es uno de esos sorprendentes términos alemanes que connota mucho más que su significado específico. «Volk» es un término mucho más comprensivo que «pueblo», dado que, para los pensadores alemanes desde el origen del romanticismo, al final del siglo XVIII, «Volk» significaba la unión de un grupo de gente con su esencia trascendental. Esta esencia puede ser llamada «naturaleza», o «Cosmos», o «mitos», pero en todo caso está unida a la naturaleza más íntima del hombre y representa la fuente de su creatividad, la profundidad de su sentimiento, su individualidad y su unidad con los otros miembros del «Volk»⁴.

El individuo en esta concepción, que llegará a la ideología sacral del fascismo, no es nada sino en cuanto parte del pueblo y aun de la naturaleza de la nación. La nación es así una categoría panteística, espiritual desde luego, una parte del «Geist», de la revolución espiritual.

Mussolini, en su programático artículo sobre el fascismo de la *Enciclopedia italiana* (Milán, 1933), lo dirá bien claramente:

El fascismo es una concepción religiosa en la que se ve al hombre en relación inmanente con un derecho superior, una Voluntad objetiva que trasciende del individuo particular y lo eleva a la participación consciente de una sociedad espiritual.

Por otro lado, los nacionalismos fascistas significan la culminación del proceso de identidad entre la nación y el Estado. Mussolini lo consagra en un lema: «Todo por el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado». La tendencia en algunos de los doctrinarios *völkisch* de contraponer la nación-natural al Estado-artificial se pierde. Comunidad y sociedad culminan en esta hipostasiada forma de organización política. La nación-Estado se convierte en una identidad indiscutible que no sólo es propiedad de los doctrinarios del nacionalismo fascista, sino de otros de tendencia distinta, como los tratadistas del Derecho político liberal. Deutsch, por ejemplo, estudia las nuevas nacionalidades de postguerra y dice que «una nación es un pueblo que ha creado un Estado o que ha desarrollado capacidades cuasi gubernamentales para formar, apoyar y fortalecer una voluntad común»⁵.

Se había así consumado esa identidad nación-Estado que sólo ha sido discutida recientemente por los nuevos movimientos nacionalistas periféricos de Europa. No es extraño, entonces, que uno de los ideólogos del renacido nacionalismo catalán, el politólogo González Casanova, haya recordado recientemente que «sin entrar en una amplia teorización sobre el Estado, baste

⁴ George L. MOSSE, *The Crisis of German Ideology*, Grosset, New York, 1964, pág. 4.

⁵ K. W. DEUTSCH, *El nacionalismo y sus alternativas*, Paidós, Buenos Aires, 1971, pág. 25.

decir que tal forma de organización política es una de las varias formas sociales de convivencia colectiva y no la única»⁶.

El *nacionalismo carismático* no es patrimonio exclusivo de los nacionalismos fascistas. Puede aparecer bajo formas muy diversas. Caro Baroja entre nosotros, por ejemplo, ha señalado la peligrosidad del «mito del carácter nacional». «Lo del carácter nacional —ha recordado Caro Baroja— es un mito amenazador y peligroso, como lo fueron muchos de la antigüedad pagana»⁷.

Esta peligrosidad del mito del carácter nacional es lo que hace más de un cuarto de siglo había señalado Pinilla de las Heras en sus pioneros artículos sociológicos:

Quando hoy algún español —decía Pinilla en 1952— escribe sobre cuál es vuestro verdadero ser, cuál es nuestra conciencia nacional unitaria, qué misiones nos son específicamente propias, qué ejemplos nacionales debemos seguir, e incluso qué cosas nos son lícitas, ese autor parte de una idea muy concreta sobre las cualidades fundamentales de la comunidad española. El ciudadano que lo lee, se encuentra ante un cuerpo de normas de gran poder coactivo, puesto que se le afirman que emanan de la más estricta —de la única— autenticidad nacional⁸.

Por eso, el hecho que más de un cuarto de siglo después, en una situación política distinta como la nuestra actual, un liberal como Julián Marías haya acusado de «pecado de omisión» de la concepción unitaria de España, como «la primera nación que ha existido», en el proyecto de Constitución⁹ hace pensar en que las posibilidades del nacionalismo carismático entre nosotros sigan siendo altas, así como sus consecuencias coactivas. Como escribe Mosse: «podemos esperar, pero no predecir, que nunca, en ningún lugar del mundo, se servirá de nuevo la ideología *völkisch* como solución para una crisis política y del pensamiento»¹⁰.

Porque la concepción carismática de la nación va mucho más allá de los límites históricos de los nacionalismos fascistas europeos. En realidad, como ha señalado Felice, extender el concepto de fascismo más allá de sus límites geográficos y temporales europeos es incorrecto. Pero sí subsiste su ingrediente nacionalista como «una concepción de la política y, más en general de la vida, de tipo místico basada en la primacía del activismo irracional (fe en la acción directa y determinante)» y en «el desprecio del individuo ordinario»,

⁶ J. A. GONZÁLEZ CASANOVA, "Catalunya en la España moderna", *Diario de Barcelona*, 2 de agosto de 1977.

⁷ Julio CARO BAROJA, *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Seminarios y ediciones, Madrid, 1970, págs. 111-112.

⁸ "Arevaco", "Honor a quien cultiva su hacienda. Libertad y determinismo en la conciencia española", *LAYE*, 19, Barcelona, 1952, pág. 37.

⁹ Julián MARIAS, "Nación y nacionalidades", *El País*, 15 de enero de 1978.

¹⁰ G. MOSSE, *op. cit.*, pág. 10.

según palabras del mismo Felice ¹¹, que es una de las tentaciones permanentes de toda comunidad y particularmente de su juventud.

Creo que Vicens Vives captó muy bien en un agudo texto la vinculante fuerza de la concepción carismática de la nación que hizo extraños compañeros de cama ideológicos a la generación del 98, Ortega y el falangismo:

El movimiento intelectual de 1898, tal como hoy se lo entiende, reflejó la amargura de una Castilla consciente del fracaso de su intento de forjar España. Por esa razón orientó el resurgimiento español hacia un culto hiperbólico, de todo lo castellano, hacia un nacionalismo telúrico, utópico y ciegamente vinculado a los valores de la raza. Es ésta una de las raíces esenciales —junto con la exaltación de las minorías por Ortega y Gasset y de la Edad Media por Menéndez Pidal— de *Acción Española* (Maeztu, Vegas Latapie) y del movimiento falangista ¹².

De otra interpretación dominante, del marxismo, vienen otros problemas. Porque el marxismo significa un giro copernicano en la cosmovisión social, pero tomando como pivote no el hecho nacional, sino la división de la sociedad en clases. Naturalmente que Marx no es el primero que había contemplado una sociedad dividida en clases, pero sólo él coloca este hecho en el lugar central de la estructura social y, además, no considerado, como lo habían hecho tantos autores en el pasado (y en nuestro tiempo los funcionalistas), como factor de armonía, sino como un factor de lucha. Dicho simplemente y en sus propias palabras, la lucha de clases se convierte en «el motor de la historia».

Pero como a tantos descubridores de un fenómeno capital, sea en las ciencias sociales o en las naturales, la atención a su propio descubrimiento le hace devaluar otros fenómenos, como los nacionales, que son supeditados a ese hecho central a cuyo servicio Marx puso no sólo su capacidad teórica, sino también su práctica política.

Hay, sin embargo, marxistas para quienes en los fundadores del marxismo se halla también la fuente inequívoca de todo análisis. Así, por ejemplo, para Pierre Vilar, quien escribe, refiriéndose a Marx y Engels y la cuestión nacional:

Se ha llegado a pensar que desdeñaban los fundamentos étnicos de las agrupaciones políticas. Y este equívoco ha sido útil para invertir el concepto de historia ideológicamente basado en la potencia de los reyes y las guerras de las naciones.

Pero en la correspondencia de Marx y Engels, y en sus artículos de actualidad, las palabras alemanes, franceses, ingleses, turcos y rusos

¹¹ R. DE FELICE, *op. cit.*, pág. 31.

¹² Jaime VICENS VIVES, *Coyuntura económica y reformismo burgués*, Ariel, Barcelona, 1974, 4.ª ed., pág. 190.

salían bastante más a menudo que las de proletarios y burgueses. No se trata de un abandono de la teoría. Las contradicciones de clase son el *motor de la historia* del mismo modo que la técnica y la economía están *en el origen* de esas contradicciones. Pero «esta última instancia» se ejerce a través de otras realidades¹³.

Sin embargo, una lectura directa de los textos de los fundadores del marxismo resulta en este aspecto más bien desconsoladora. La posición cambia según la lucha política y según que las circunstancias sean o no favorables a la causa socialista. Se trata de artículos circunstanciales sobre la lucha social en Irlanda, Polonia o Rusia; la «teoría nacional» cambia según vayan los resultados de esa lucha en un país u otro. «En Marx no encontraremos —dice Michael Lowy con buen fundamento de causa— ni una teoría sistemática sobre la cuestión nacional, ni una definición exacta del concepto de 'nación', ni el esbozo de una estrategia política general para el proletariado en este terreno. Sus artículos al respecto constituyen en su mayor parte declaraciones políticas concretas, referidas a casos específicos»¹⁴.

En Engels es peor porque su dicotomía entre «pueblos históricos y no históricos» no pertenece al contexto del discurso marxista, sino que se la rastrea a sus orígenes hegelianos del más rancio europocentrismo progresista¹⁵.

Los llamados austromarxistas, como Otto Bauer, dan, en cambio, ciertamente, al tema nacional un lugar central en correspondencia con la importancia que los problemas nacionales tenían en el imperio austro-húngaro. Sin embargo, esta relevancia se hace a expensas de una cierta despolitización, de convertir el problema nacional en un tema de cultura y derecho. Sin embargo, hay elementos de los austromarxistas que fueron descartados en el apogeo del estalinismo y que ahora están de nuevo siendo reconsiderados.

Por otro lado, Rosa Luxemburg, y en parte Trotsky, adoptan la posición del internacionalismo no proletario y contraria al hecho nacional como fenómeno burgués; que es la recriminación que va a ser más frecuentemente repetida por los marxistas ortodoxos. Por ejemplo, a propósito de la revolución española, escribe Trotsky:

¿Dónde está el peligro de las ilusiones pequeño-burguesas? En que pueden dividir el proletariado de España en sectores nacionales.

¹³ Pierre VILAR, *Historia marxista, historia en construcción*, Anagrama, Barcelona, 1975, pág. 76.

¹⁴ Georges HAUPT, Michael LOWY, Claudie WEILL, *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*, Maspero, París, 1974. Uso la versión castellana de Ediciones Rojas, Barcelona, noviembre 1977, pág. 3.

¹⁵ Para una explicación del significado de la idea hegeliana de "los pueblos sin historia", véase el comentario de Anthony D. SMITH en *Las teorías del nacionalismo*, Península, Barcelona, 1976, pág. 116. Un comentario sarcástico de este tipo de progresismo europeo anticolonialista se encuentra en Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR, "Caliban", *Casa de las Américas*, año XII, núm. 68, septiembre-octubre 1971.

El peligro es muy serio. Los comunistas españoles pueden combatirlo con éxito, pero de una sola manera: denunciando implacablemente las violencias cometidas por la burguesía de la nación soberana y ganando así la confianza del proletariado de las nacionalidades oprimidas. Toda otra política equivaldría a sostener el nacionalismo reaccionario de la burguesía imperialista que es dueña del país, contra el nacionalismo revolucionario-democrático de la pequeña burguesía de una nación oprimida ¹⁶.

Trotsky, finalmente, se va a plegar a la posición más matizada de Lenin. Porque es Lenin el que va a llegar más lejos en la aceptación *estratégica* del «principio de la autodeterminación nacional».

La cuestión nacional —escribe Lowy— es uno de los terrenos donde Lenin hizo avanzar efectivamente el pensamiento marxista, elaborando (a partir de los escritos de Marx, pero llegando bastante más allá) una estrategia revolucionaria coherente para el movimiento obrero, basada en la consigna central de autodeterminación de las naciones.

Por su rigor y realismo, la doctrina leninista se distingue ventajosamente de la que ostentan la mayoría de los autores marxistas contemporáneos, incluso aquellos que se les acercan más en esta cuestión: Kautsky y Stalin ¹⁷.

Stalin, en su famoso folleto (por su difusión e influencia política, ya que no por su originalidad teórica), hará luego uso político de la doctrina leninista, como en tantas otras cosas, de forma dogmática y acrítica.

En los publicistas marxistas españoles de los años treinta se encuentra también esta supeditación de lo nacional a la lucha social. Por ejemplo, Joaquín Maurín, que es el autor de una difundida periodización del nacionalismo catalán en tres etapas —burgués, pequeño-burgués y proletario— ¹⁸ sostiene en otro artículo de forma inequívoca que «es evidente que la separación nacional no implica lo mismo en el movimiento obrero. La clase trabajadora debe permanecer unida por encima de todas las fronteras nacionales. Sólo la forma del poder por el proletariado podrá rehacer la verdadera unidad peninsular constituyendo la Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas» ¹⁹.

Críticos actuales de la posición oficial soviética en materia nacional,

¹⁶ León TROTSKY, *La revolución española*, Yunque, Buenos Aires, 1973, pág. 223.

¹⁷ M. LOWY, en G. Haupt *et alii*, *op. cit.*, pág. 20.

¹⁸ J. MAURÍN, "Las tres etapas de la cuestión nacional", *La batalla*, 50, 16 de julio de 1931. Cito de la antología de Roger ARNAU *Marxisme català i qüestió nacional catalana*, Edicions Catalanes de París, París, 1974, vol. 1.

¹⁹ J. MAURÍN, "Los problemas de la Revolución. La cuestión de las nacionalidades", en R. ARNAU, *op. cit.*, pág. 71.

como Carrère d'Encausse²⁰, han hecho notar que muchos años después de la Revolución rusa las contradicciones nacionales dentro de la URSS y en el campo socialista se han agravado y que no se ha podido conciliar la contraposición entre la tendencia integradora-conservadora del nacionalismo ruso y la autodeterminación de los nacionalismos minoritarios.

Por otra parte, el hecho de que el nacionalismo haya dejado de ser privilegio de las ideologías tradicionalistas y conservadoras y se haya convertido, como dice Kohn²¹, en un «movimiento socialmente revolucionario» no ha liquidado el problema. «Un siglo más tarde —escribe Carrère—, cuando el socialismo ha triunfado en una parte del mundo, el hecho nacional se presenta mucho más vivo de lo que habían creído los primeros marxistas, y es claro que esta supervivencia plantea un problema real al mundo socialista»²². Máxime cuando, como dice Haupt, «no se puede hablar de una doctrina del marxismo en el dominio nacional».

¿Cuál es el aporte de las ciencias sociales modernas al tema nacional? Ya dijimos antes que las ciencias sociales después de la Segunda Guerra Mundial hicieron ascos al tema nacional. La razón de ello hay que encontrarla en la fuerte vinculación entre las ciencias sociales de los países centrales —fundamentalmente, los anglosajones—, que precisamente alcanzan su cenit de influencia entonces y la concepción individualista liberal-burguesa de la nación. La nación se justifica en ese contexto como una comunidad al servicio y hecha por las voluntades individuales. La nación supranacional y carismática queda para los derrotados fascismos. Por tanto, el objetivo de las ciencias sociales tiene que ser el individuo y sus problemas, a ser posible «el hombre común», como decía Thomas.

Sin embargo, es debido a la fuerza de la realidad de los países fuera del palio, los países subdesarrollados del llamado Tercer Mundo y sus esfuerzos por conseguir un Estado nacional propio que el tema nación y nacionalismo vuelve a reintroducirse en las ciencias sociales de los países anglosajones y, por ende, en todos los demás.

El punto de partida es difusionista, como el europeo. Así lo ve Deutsch:

Para examinar el surgimiento del nacionalismo en Europa es útil conocer previamente la manera cómo se ha producido en un continente tras otro: surge en Europa Occidental, se extiende luego a América Latina, Asia y, más recientemente, a Africa. En cada una de estas regiones el desarrollo ha sido muy similar. Tal vez pueda ser resumido

²⁰ HÉLÈNE CARRÈRE D'ENCAUSSE, "Communisme et Nationalisme", *Revue Française des Sciences Politiques*, 3, vol. XV. Cito la versión catalana de *Quaderns d'alliberament*, 1.

²¹ Véase el término "nacionalismo" en la *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid.

²² H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *op. cit.*, pág. 64.

en una sola experiencia relevante: la experiencia de una integración política relativamente exitosa ²³.

En este texto de Deutsch, aparte del tema manifiesto, que es el del desarrollo político, asoma su nariz otro tema clave que Deutsch hereda de los grandes teóricos del funcionalismo: la *integración* —integración nacional, en este caso—, piedra sillar de la concepción funcionalista de la sociedad opuesta, precisamente, a la concepción conflictiva de la vida social.

La fría lógica funcionalista de Marion Levy hacía años que había sacado las consecuencias más desagradables de la integración funcional. Es decir, el control de la desviación de los disidentes en cuanto a individuos de carne y hueso:

Porque en el último análisis —escribe en *The Structure of Society*— debe existir alguna abrumadoramente fuerte solidaridad o solidaridades que puedan ser usadas para controlar la desviación en la sociedad. En el mundo occidental moderno la unidad nacional pertenece a esa esfera en muchos sentidos. En la China «tradicional» jugaron ese rol la familia y otras estructuras concretas de parentesco; en las sociedades feudales, tales como el Japón de los Tokugawa y la Francia medieval, jugaron ese rol varias unidades de la jerarquía feudal. Y ejemplos de este tipo pueden darse más o menos indefinidamente ²⁴.

Las contradicciones entre el fundamento liberal individualista de la «moderna sociología científica» (vulgo teoría funcionalista) y las necesidades del poder, interno y externo, saltan aquí a la vista. Como van a saltar en muchos otros aspectos, como, por ejemplo, la vocación progresista de los antropólogos funcionalistas ingleses y su desinterés por el imperialismo británico, o la ideología desarrollista de los politólogos norteamericanos y su desinterés por el imperialismo estadounidense.

El nacionalismo queda relegado al papel de «energía emocional» (*versus* la energía nacional de los países desarrollados, se entiende) de los nacionalismos étnicos. Bien lo había marcado Parsons en *The Social System*:

El nacionalismo absorbe muchas de las fuerzas motivacionales no sólo de la comunidad, sino de la solidaridad étnica, puesto que lo nacional es al mismo tiempo una comunidad territorial y una unidad étnica ²⁵.

Siguiendo el mismo paso que su gran antecedente francés, Durkheim, el análisis del nacionalismo es rematado como sustituto funcional de la religión,

²³ K. W. DEUTSCH, *op. cit.*, pág. 11.

²⁴ MARION J. LEVY, Jr., *The Structure of Society*, Princeton, 1952, pág. 384.

²⁵ TALCOTT PARSONS, *The Social System*, Free Press, New York, 1964, pág. 188.

que es durkheimianamente vista, como la institución apoteósica en cuanto a capacidad integradora:

La repetida asociación —escribe Wilbert Moore en un texto diáfano— entre desarrollo económico deliberado y nacionalismo extremo seguramente que no es accidental. El nacionalismo se presenta como una fuerza unificadora, esencialmente no racional, que puede facilitar y racionalizar los azares del cambio personal.

Por cuanto los existentes compromisos y métodos de integración están profundamente enraizados en la organización de la sociedad tradicional, un compromiso muy generalizado y poderoso es requerido para liberar a los individuos de esos ligámenes. Desde esta perspectiva, las aspiraciones xenofóbicas nacionales y las ideologías políticas como el socialismo son los equivalentes funcionales de los valores religiosos como el protestantismo²⁶.

Es decir, que Moore usa aquí, además del marxismo vulgar, la versión más popularizada, entre los integracionistas, de la relación entre ética protestante y capitalismo, tan lejana, por cierto, del complejo análisis weberiano que la originó.

A esta visión *integracionista* de la nación y sus justificaciones ideológicas nacionalistas sólo falta el toque elitista para acercarla aún más a la concepción tradicional y premoderna de la nación. Esto se halla perfectamente en el libro de Lipset sobre los Estados Unidos mismos. Los intelectuales que como *troublemakers* son apartados de la corriente principal de las ciencias sociales funcionalistas, aparecen ahora miríficamente como fabricantes de ideologías integradoras de la nacionalidad, bien en los orígenes de las naciones centrales, como USA, bien en el Tercer Mundo. Véase como muestra este texto:

La presión para establecer una autoridad central unificada en los contemporáneos nuevos Estados viene principalmente de la élite intelectual nacionalista que está preocupada por crear una arena efectiva de operación en donde la nación, y ellos, puedan demostrar su competencia²⁷.

El papel de los intelectuales en la gestación de las ideologías nacionalistas es indudable; que el nacionalismo es en gran parte un negocio de intelectuales ya lo señaló Max Weber en el caso de Europa Oriental muchos años antes²⁸. Lo que no está de ninguna manera claro es que el nacionalismo sea

²⁶ W. E. MOORE, *The Impact of Industry*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1965, págs. 36-37.

²⁷ S. M. LIPSET, *The First New Nation*, Anchor Books, New York, 1967, pág. 31.

²⁸ MAX WEBER, *Ensayos de sociología contemporánea*, Martínez Roca, Barcelona, 1972, págs. 211 y sigs.

únicamente un factor de integración, una ideología-cemento. Puede recordarse en contra de ellos las múltiples luchas nacionales tan severas como las luchas religiosas.

Creo, realmente, que a la consideración funcionalista del nacionalismo le alcanza la misma crítica demoledora que Zeitlin hizo de los estudios de la religión durkheimianos, que sólo tienen en cuenta «la función esencial y positiva de la religión». «Cuando Durkheim define una iglesia como una comunidad moral formada por todos los creyentes de una misma fe —escribe Zeitlin—, simplifica las cosas en demasía. Porque lo más sorprendente es su renuncia a ver los efectos negativos y alienantes de la religión»²⁹. Pues lo mismo se podría decir del nacionalismo. Pues es curioso cómo por la vía *integracionista* la racionalidad funcionalista llega a las mismas consecuencias (y errores) que el tradicionalismo antiliberal.

NUEVAS REALIDADES, NUEVO TRATAMIENTO

En el campo de lo nacional se cumple también fielmente lo que Marx y Engels habían dicho en *La ideología alemana*. Es decir, que «no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia». Y así como la conciencia hecha ideología tuvo que plegarse a las nuevas realidades nacionales de Africa y Asia después de la Segunda Guerra Mundial, ahora también los nuevos movimientos nacionales sorprendentemente surgidos en Europa, aunque también en Norteamérica (Quebec), obligan a la formación de un severo sistema de ideas que pueda englobar los nuevos fenómenos.

Porque lo cierto es que lo que algunas mentes alertas venían prediciendo como una crisis del Estado-nación renacentista se traduce ahora en movimientos «nacionalitarios». Linz ya se había referido a España «como un caso de temprana construcción del Estado donde la integración política, social y cultural de sus componentes territoriales —'construcción de la nación'— no fue completamente lograda»³⁰. En constatar el «fracaso del asimilismo castellano» coinciden tanto Linz como Vicens Vives³¹.

Pero esto no es particular de España, aunque sí sea España uno de los

²⁹ Irving ZEITLIN, *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970, pág. 313.

³⁰ Juan J. LINZ, "Early State-Building and Late Peripheral Nationalism against the State: The Case of Spain", en S. N. EISENSTADT y S. ROKKAN, *Building States and Nations*, Sage, Beverly Hills, 1973, pág. 32.

³¹ Juan J. LINZ, "Politics in a Multilingual Society with a dominant World Language: The case of Spain", en J. G. SAVARD *et alii*, *Multilingual Political Systems*, Laval, Quebec, 1975, pág. 377, y J. VICENS VIVES, *Noticia de Catalunya*, Destino, Barcelona, 1969, págs. 148-149.

ejemplos más conspicuos. En general, en Europa se da un renacimiento o renovación del viejo principio de las nacionalidades de la entreguerra³².

Lo característico de estos nuevos movimientos nacionalistas que en algunos lugares son sólo grupúsculos, y en otros, como en la España actual, se aproximan a conseguir un cierto grado de autonomía para sus respectivas colectividades, es que, como ha escrito el antropólogo Oriol Pi i Sunyer, significan una reacción contra el Estado monoétnico como objetivo ideal —«un Estado, una lengua, una cultura»— de todas las élites europeas³³. Este despertar del nacionalismo no corresponde necesariamente con las regiones subdesarrolladas. Al contrario, como en el caso de Euskadi o Cataluña, es un fenómeno postindustrial que se da en el seno de Estados unitarios pluriculturales. Por eso Ribó los llama «nacionalismos de respuesta, defensivos, de las naciones oprimidas»³⁴.

Estamos, pues, ante algo que sociológicamente debe ser reconsiderado, a lo que hay que hacerle el lugar teórico que no le habían dejado ni el nacionalismo carismático, ni el nacionalismo estratégico socialista, ni el nacionalismo integracionista de los desarrollistas. Eso es lo que Rodison y otros llaman lo «nacionalitario»; que «puede aplicarse a todas las formaciones globales que superan el nivel de los clanes y de las tribus, aquellas que se denominan frecuentemente *etnias* y que los rusos llaman *narodnost*»³⁵.

El elemento étnico no es una referencia casual, sino algo que se contrapone al «politicismo» de los nacionalistas estatistas. Como dice Anthony Smith:

A grandes trazos, los *estatistas* definen a la nación como una unidad político-territorial. El nacionalismo se convierte en la aspiración de la población colonizada para el autogobierno de la nueva comunidad política cuyas fronteras fueron establecidas por el colonizador. Los *etnicistas*, por el contrario, ven a la nación como un grupo étnico grande y politizado, definido por una cultura y una supuesta descendencia comunes. Por ello, el nacionalismo se convierte en un movimiento cultural³⁶.

Este retorno a los elementos no políticos del nacionalismo es también apreciable en algunas tendencias críticas en el seno de los historiadores ca-

³² I. Tubella y E. Vinyamata listan 18 movimientos de este tipo en Europa con diversos grados de organización (*Les nacions de l'Europa capitalista*, La Magrana, Barcelona, 1977).

³³ Véase O. PI I SUNYER, "The limits of the integration; ethnicity and nationalism in Modern Europe", *Research Reports*, 9, octubre 1971, University of Massachusetts.

³⁴ Rafael RIBÓ, *Sobre el fet nacional*, Avenç, Barcelona, 1977, pág. 31.

³⁵ Maxime RODISON, *Sobre la cuestión nacional*, Anagrama, Barcelona, 1975, págs. 7-8.

³⁶ A. SMITH, *op. cit.*, págs. 247-248.

talanes, que son, sin duda, los que han llevado el mayor peso en la construcción de la ideología del nacionalismo catalán. Así, Josep Termes, en el importante «Col.loqui d'Historiadors», celebrado en Barcelona en 1974, presentó un trabajo sobre «El nacionalisme catalá. Problemes d'interpretació», que supone una crítica muy severa al politicismo sólidamente asentado en las interpretaciones dominantes, «desde Vilar a Fontana, pasando por Solé-Tura».

Me parece que la idea o visión —escribe Termes— que tenemos del hecho nacional es excesivamente política, que deriva demasiado de los programas de los partidos políticos y de las reivindicaciones más estrictamente políticas. Creo, en cambio, que para un análisis histórico de la nacionalidad hacen falta más cosas que ese análisis de los partidos y de sus ideologías. En este sentido, creo que en el trabajo se han de integrar los análisis sobre lo que podríamos llamar conciencia idiomática, porque considero que el idioma forma parte de una nacionalidad... Y también, aunque pueda parecer un poco exagerado, los elementos de conciencia psicológica de pertenencia a un determinado núcleo nacional, tema que aborda con escasa frecuencia, pero que, de una manera u otra, habría que abordar. Yo apuntaría algunos ejemplos indirectos de conciencia psicológica particular, como el hecho de organizar partidos y amplias agrupaciones sociales no del ámbito del Estado, sino particulares...³⁷.

Hay en el texto de Termes, y en otros muchos, un retorno a los aspectos culturales del nacionalismo a los que tanta importancia habían dado los austromarxistas (y otros) y que habían sido barridos por el doctrinarismo estalinista. Y otra vez aquí la vida social, la marcha de la historia, se ha impuesto sobre todo doctrinarismo. Basta leer la lista que da Lowy para observar cómo la historia ha resuelto un cierto número de debates:

- El Estado multinacional austro-húngaro se descompuso en varios Estados nacionales después de la Primera Guerra Europea.
- Los vascos, nación reaccionaria «por excelencia», según Engels, figuran ahora en cabeza del combate revolucionario en España.
- La reunificación de Polonia, utopía pequeño-burguesa, según Rosa Luxemburg, se convirtió en realidad en 1918.
- Las comunidades sin vida económica ni territorial común, ni lengua específica, las «no naciones», según Stalin, se cristalizan en nación y constituyen un potente movimiento nacional: negros en USA, etc.
- La nación checa, «no histórica» y condenada a desaparecer por su

³⁷ Josep TERMES, *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Anagrama, Barcelona, 1976, págs. 131-132.

«falta de vitalidad nacional» (según Engels), constituyó, sin embargo, su Estado mediante una libre federación con la nación eslovaca, etc.³⁸.

Una lista demasiado impresionante, ciertamente, para no dejar de pensar que las doctrinas dominantes en materia nacional y las ciencias sociales dejaron un hueco o marcaron el blanco.

Pero en la nueva «reivindicación nacionalitaria», como la llama Ives Persons —«superación del nacionalismo francés»³⁹—, hay todavía otro aspecto notable. Se trata de la inversión de la tendencia difusionista que tan abusivamente había sido usada por los politólogos desarrollistas. Es decir, que la influencia ideológica, el trasvase de instrumental conceptual no es ahora de Europa hacia la periferia, sino de los países de la periferia hacia los Estados del centro del hemisferio Norte. Conceptos como «colonialismo interno», «liberación nacional» o «genocidio cultural», que formaban parte del acervo ideológico de los nacionalismos tercermundistas pasan a ser utilizados por los nuevos movimientos nacionalitarios de la periferia de Europa. Y en el caso de España, por obvias razones de comunicación idiomática, hay una clara influencia ideológica de los nacionalismos de izquierda latinoamericanos y sus problemáticas⁴⁰.

EL DILEMA NACIONAL

La cuestión nacional no es asunto para mentes cartesianas ni para ingenuos progresistas. La existencia de sentimientos nacionales es tan innegable, y tan fuerte, como el amor a la madre, tantas veces usado como símil por los patriotas tradicionales. Pero a la vez tan contradictorio. Sobre el sentimiento nacional se pueden hacer construcciones políticas y sociológicas, de signo muy distinto. El sentimiento nacional puede cambiar de signo y aun de lealtad. Karl Kautsky que, como todos los austríacos, sabía mucho por experiencia propia de la cuestión nacional, ya lo había advertido: «la nacionalidad es una relación social que se modifica constantemente y reviste significados muy diferentes en condiciones diferentes, un Proteo que se nos escapa de las manos cuando queremos agarrarlo y que, sin embargo, está siempre presente e influye constantemente en nosotros»⁴¹.

El problema social, el problema de la lucha de clases, es, por lo menos teóricamente, mucho más claro y unívoco. Una vez levantado fundamental-

³⁸ M. Lowy, *op. cit.*, págs. 25-26.

³⁹ Ives PERSONS, "Els marxistes davant el fet nacional", *Quaderns d'alliberament*, 1, Barcelona, 1977, pág. 66.

⁴⁰ Véase, por ejemplo, el libro de FRANCISCO LETAMENDIA ("Ortzi"), *Historia de Euskadi: el nacionalismo vasco y ETA*, Ruedo Ibérico, París, 1977.

⁴¹ Karl KAUTSKY, "Nacionalidad e internacionalismo", en MARX et alii, *El marxismo y la cuestión nacional*, Avance, Barcelona, 1976, pág. 65.

mente por Marx, el velo ideológico que lo cubría ha pasado a formar parte de la óptica normal y necesaria para entender la vida social. Otra cosa es que la falsa conciencia de los individuos no la deje utilizar. Pero la herramienta existe y es además base clara para una filosofía utópica y progresista hacia una sociedad sin clases.

Pero el Proteo nacional es otra cosa. La liberación nacional puede ser obra de demócratas o de conservadores, de élites o de masas, de las clases altas o las clases bajas. Es un hecho que el problema nacional se cruza históricamente con la cuestión social. Es mejor reconocerlo honradamente, como lo ha hecho el historiador Albert Balcells en el caso catalán: «no hemos resuelto el problema de la conexión entre lucha de clases y emancipación nacional»⁴². Nadie lo ha resuelto aún. Algunos sectores del marxismo no ortodoxo recién lo están intentando.

En las ideologías dominantes en el campo del nacionalismo, lo que se trata es de hacer una elección final. Un problema de prioridades, como dicen los economistas cuando quieren dar algo a alguien. Para los internacionalistas como Rosa Luxemburg, el proletariado es lo primero; la patria, la nación, después:

El movimiento exclusivamente de clase del proletariado polaco, que junto con el desarrollo del capitalismo ha llevado a la tumba a los movimientos independentistas —escribía Rosa en 1905—, es, pues, la mejor y la *única* garantía para conquistar, con la libertad política, la libertad nacional-cultural, la igualdad de derechos y la autodeterminación para nuestro país. Desde este punto de vista, e incluso desde una óptica estrictamente nacional, todo lo que contribuya a desarrollar y acelerar ese movimiento de la clase obrera debe ser considerado como un factor *patriótico, nacional*, en el mejor sentido de la expresión. En cambio, todo lo que obstaculiza y se opone al desarrollo de ese movimiento de clase, todo lo que sea capaz de frenarlo o deformarlo, debe ser considerado como un factor nocivo y hostil a la causa nacional. Desde este punto de vista, el culto a las tradiciones del viejo nacionalismo y el esfuerzo por desviar a la clase obrera polaca de la vía de la lucha de clases para llevarla al callejón sin salida de la utopía de la independencia de Polonia, que es lo que ha estado haciendo durante doce años el socialpatriotismo es, en el fondo, una política esencialmente *antinacional*, a pesar de su carácter nacionalista⁴³.

⁴² En Josep TERMES, *op. cit.*, pág. 155.

⁴³ ROSA LUXEMBURG, "La cuestión polaca y el movimiento socialista", en *Marx et alii*, *op. cit.*, pág. 187.

Frente a esta concepción (prescindamos en el caso de Polonia de su resultado histórico, tan contrario a las previsiones de Rosa Luxemburg) encontramos la exactamente opuesta. Lo nacional es entonces lo primero; la división en clases sociales condicionada a ello. Es la clara posición de Josep Benet respecto al resultado de la guerra civil española: «Tots els catalans, vençuts», sin distinción de clases.

Porque aquellos catalanes que —razona Benet— como individuos pertenecientes a una clase social o afectos a una ideología conservadora o por motivo de su creencia religiosa se encontraban situados entre los vencedores, como catalanes —es decir, como miembros de una comunidad nacional concreta— se encontraban situados entre los vencidos, salvo que renegasen de su catalanidad, que se convirtieran en traidores⁴⁴.

Tenemos, pues, ya aquí trágicamente a muchos individuos prendidos de los cuernos del dilema. Con una nacionalidad «objetiva», independiente de sus inclinaciones subjetivas, y una afiliación de clase «objetiva», independiente de su vocación nacional subjetiva, que pueden estar enfrentadas en una situación social bélica o de lucha. Es, simplemente, el dilema, la «jaula de hierro» weberiana de la que sólo sale ideológicamente mediante la apelación a la tradición irracional o el carisma.

Y las ciencias sociales poco han tenido que aportar, como vimos, a salir del atolladero de este dilema. Ya Sorokin había advertido, basado en su buen *background* ruso, que «los múltiples significados que se asignan a los términos nación y nacionalidad revelan una vez más el estado primitivo en que se halla la ciencia social en este aspecto taxonómico»⁴⁵. Pues, para Sorokin, la nación contiene la complejidad de «un grupo multivinculado, solidario, organizado y casi cerrado, constituido por la combinación de vínculos estatales, territoriales y lingüísticos»⁴⁶.

Después de Sorokin, los funcionalistas de segunda mano aportaron teóricamente menos aún y apoyados en el estructuralismo acabaron por parar muy cerca de la filosofía integracionista del patriotismo tradicional.

Hay que aprovechar ahora el empuje que han dado las realidades combinadas de los nuevos independentistas tercermundistas y los nacionalismos

⁴⁴ Josep BENET, *Desfeta e redreçament de Catalunya*, Crítica, Barcelona, 1978, pág. 16.

⁴⁵ P. A. SOROKIN, *Sociedad, cultura y personalidad*, Aguilar, Madrid, páginas 387-388.

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 39.

periféricos europeos y norteamericanos. El principio de autodeterminación, aparte de su valor ético, como ya lo advirtiera Lenin, es un buen punto de partida empírico. Las naciones son formas de agrupaciones humanas que se hacen y se deshacen con la historia, como las lealtades hacia ellas. Hay que estudiar el grupo nacionalitario desmitificado como una forma de agrupación humana sin ninguna connotación sacral ni carismática. Por eso las ciencias sociales que parten de una raíz secular tienen mucho que hacer en este terreno. Hay que poner manos a la obra y sacar la cuestión nacional del monopolio de toda clase de profetas, chamanes y salvadores de la patria.